

EL LEGADO DE MICHELANGELO BOVERO. REFLEXIONES PRELIMINARES

Pedro SALAZAR UGARTE*

Este libro es un homenaje a un pensador, y también —en sí mismo— constituye un homenaje al pensamiento. En mayo de 2018, durante dos jornadas de reflexión, un grupo de estudiosas y estudiosos de la política y del derecho nos reunimos en el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México para reconocer y celebrar a Michelangelo Bovero por el medio siglo de su vida dedicado a la reflexión y a la enseñanza de la filosofía política y de materias conexas a la misma.

En la clausura del evento tuve oportunidad de manifestar diez razones —no las únicas, por cierto— por las que sus discípulos y amigos debíamos agradecer a nuestro maestro. Ahora, después de leer con cuidado los trabajos reunidos en este volumen, reformulo esas razones para compartirlas en esta breve nota introductoria.

I.

Para empezar, podemos agradecer a Bovero por haber formado una Escuela al amparo del pensamiento de su maestro, Norberto Bobbio. La llamada “Escuela de Turín”, que se caracteriza por un método de estudio —aprovechar la lección de los clásicos para pensar con rigor conceptual los problemas del mundo contemporáneo—, pero también por un sustrato axiológico concreto; el compromiso con la libertad de pensamiento, la ética laica, la vocación democrática, la defensa de los derechos humanos, la orientación igualitaria, la promoción de la paz y del Estado de derecho son las principales coordenadas que dan identidad a esa Escuela, que emerge de Italia, pero tiene ramificaciones en otros países europeos, y, como lo demuestra este libro, también en Latinoamérica y Sudamérica.

* Director en el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, pedsalug@yahoo.com.

Si la Escuela de Turín existe es gracias al compromiso intelectual y al esmero cotidiano de Michelangelo Bovero.

II.

El segundo motivo de agradecimiento está estrechamente relacionado con el anterior. Bovero es, ante todo, un maestro. Maestro en el aula y difusor del conocimiento a través de su obra escrita, pero, sobre todo, formador de estudiosos de varias generaciones. Quienes hemos tenido la oportunidad de tenerlo como mentor sabemos la paciencia, la dedicación y la generosidad con la que Michelangelo contribuyó de manera determinante a nuestra formación intelectual.

Su guía estuvo detrás de nuestras rutas de lectura, de nuestra comprensión del alcance de los conceptos y de la redacción de nuestros primeros trabajos. El tiempo que ha dedicado a leer los esbozos de tesis y cada una de las páginas escritas por sus alumnos en formación es tan valioso como irre recuperable. He ahí la generosidad del maestro.

III.

La tercera razón para agradecer a Michelangelo se desprende de las dos anteriores. Al desempeñar su función y su misión como intelectual y como formador, Bovero ha sido el vínculo entre personas de diversas generaciones y de diferentes nacionalidades con una formación común.

Desde esta perspectiva, la Escuela de Turín ha sido la base de una red de afectos y amistades en muchos casos entrañables. De esta manera, a la camaradería intelectual se le adhiere la fraternidad desinteresada y solidaria que une a los amigos.

IV.

Por eso, Ermanno Vitale se refiere a Michelangelo como el “amigo, el hermano mayor y maestro”. Quienes se han formado junto con él, cerca de él o directamente con él, sabemos que Bovero es un amigo entrañable. Su ejemplo en la forma de relacionarse con sus amigos también merece agradecimiento. Las suyas son amistades genuinas, profundas y, como deben ser las amistades verdaderas, exigentes. Es amigo que no pide nada a cambio de su afecto, pero

que espera de sus amigos y amigas honestidad, compromiso con las causas emancipadoras y rechazo a todas las formas de fanatismo y opresión.

En ese sentido, podemos decir que Bovero aprendió y adoptó como propia una de las muchas lecciones de vida que nos dejó Bobbio, y que sirven como brújula para identificar a los compañeros y compañeras de viaje:

de la observación de que las creencias últimas son irreductibles he sacado la lección más grande de mi vida. He aprendido a respetar las ideas ajenas, a detenerme ante el secreto de cada conciencia, a comprender antes de discutir y a discutir antes de condenar. Y puesto que estoy en vena de confesiones, hago todavía una, tal vez superflua: detesto a los fanáticos con toda mi alma.

V.

Michelangelo Bovero es un intelectual riguroso, agudo y escrupuloso, abierto a la deliberación, dispuesto a la discusión, atento a las razones de los interlocutores, pero exigente con la argumentación, la sustentación y las finalidades de los discursos de los demás. En ese atributo reside otra razón para agradecer el estilo intelectual de Bovero. “No deja títere con cabeza”, me comentó un amigo común tras su réplica en uno de los paneles del seminario en su honor.

En efecto, Michelangelo no es complaciente ni condescendiente con las ideas que no comparte, pero motiva sus desacuerdos y, al hacerlo, enseña. Poco afecto a las disertaciones teóricas en las sobremesas íntimas, pero minucioso y prolijo en sus disertaciones académicas. Así, es posible escucharlo disertar y debatir con precisión y agudeza en las mesas universitarias y, después, hablar de viajes, literatura, vino, recuerdos, etcétera, en las mesas fraternales.

VI.

Otra razón para agradecer a Bovero —la más sustantiva en su dimensión intelectual— radica en sus ideas, sus escritos, sus tesis y sus conceptos. Leer a Michelangelo siempre enriquece. No importa que se trate de temáticas sobre las que el lector tiene algún conocimiento —incluso de carácter experto—, la mirada de Bovero siempre será interesante, y muchas veces sorprendente.

Su manejo de las “lecciones de los clásicos”, su rigor conceptual, su creatividad para denominar fenómenos (*kakistocracia*, *pleonocracia*, *duopoliteia*,

etcétera) y su genuina indignación con los problemas del mundo en el que nos ha tocado vivir, son elementos de un pensamiento agudo, por momentos desencantado, pero siempre relevante.

VII.

Esto me conduce a la séptima razón que —sobre todo, desde estas páginas— me conduce a agradecer a Michelangelo Bovero. Su persona y lo que hasta ahora he venido narrando nos permitió reunirnos durante un par de días inolvidables para disertar sobre su obra y pensamiento y, posteriormente, editar este volumen.

En estas páginas están presentes los grandes temas que han interesado a lo largo de su vida intelectual a Michelangelo analizados con la mirada de sus amigos, de sus colegas y de algunos de sus discípulos. La democracia y sus problemas teóricos, históricos y prácticos; los derechos, su relevancia política, jurídica y moral y su lamentable abandono práctico; el poder como concepto, los poderes como realidades y la urgencia de sus límites; la laicidad, la tolerancia, el antidogmatismo; el individualismo con su giro copernicano y sus tensiones con las concepciones holísticas del mundo; la causa igualitaria frente a las ideologías y realidades del neoliberalismo persistente; las discriminaciones y las violencias en una era digital de poderes cada vez más concentrados; la crisis de la representación y las tendencias presidencialistas, incluso en los Estados parlamentarios; las violencias que se oponen a la tríada bobbiiana de la democracia, los derechos y la paz verdadera.

VIII.

La riqueza del libro está en sus temáticas, pero también en sus autores. En torno al pensamiento de Bovero se reunieron estudiosos y estudiosas con formaciones diversas e intereses intelectuales particulares, lo que permite contar con un conjunto de ensayos interesantes, provocadores y de enorme actualidad. Con estados de ánimo distintos, pero con preocupaciones compartidas, quienes escriben estos textos son conocedores del pensamiento de Bovero, pero también son lúcidas mentes preocupadas por lo que sucede en el mundo en el que nos ha tocado vivir.

De esta manera, emerge un volumen que en verdad le hace honor al pensamiento y al talento intelectual de un pensador como Michelangelo Bovero. No sólo me refiero a las temáticas de los textos y al rigor con el que

están escritos, sino también a su pluralidad de visiones —no son pocos los autores que disienten con el maestro y lo cuestionan— y por su relevancia contextual. He ahí la octava razón para agradecerle, que sus ideas y sus cavilaciones sobre cuestiones relevantes sean el motivo inspirador del pensamiento de otros.

IX.

Bovero no era un promotor entusiasta de su homenaje. Pero, desde la prudencia y el escepticismo, nos lo dejó hacer. Nos llamó con cariño “conspiradores”, y —al menos eso me pareció— disfrutó con cierto pudor y genuino recato que sus amigos y alumnos lo reconocieran por lo que vale, piensa y ha aportado —no a nosotros, sino— al pensamiento político contemporáneo.

En el aniversario de los cincuenta años del sesenta y ocho —un año que para él fue definitorio y, creo, en cierta medida, fundacional—, nos permitió reunirnos para abrazarlo con ideas, preocupaciones y reflexiones. En esa medida, lo que sucedió fue una suerte de refrendo colectivo en torno a un conjunto de principios y tesis que abrevan del pensamiento ilustrado y se resisten a claudicar ante la “*rozza materia*”. Algo que no resulta sencillo cuando a Italia la gobierna una coalición fascista-populista; a Estados Unidos, un personaje xenófobo, misógino y violento, y en un país como Brasil llega al poder un sujeto que a los atributos anteriores les adiciona la homofobia y la nostalgia dictatorial. Eso, por no mencionar a Austria, Hungría, Nicaragua, Honduras, Holanda, etcétera.

Así que también debemos agradecer a Michelangelo por el aliento resistente que, después y a pesar de todo, inspiró a su homenaje. “*Resistere, resistere, resistere*”, le he escuchado decir en decenas de ocasiones. Temo que eso es lo que habrá que hacer a pesar del pesimismo que a veces nos invade y que está presente en varios de los ensayos de este libro.

Un volumen que, desde el desencanto y el conocimiento, le planta cara al presente. Al leer los trabajos, me pareció que el “realismo insatisfecho”, de bobbiana memoria, hilvanaba un hilo conductor entre los textos. La Escuela de Turín existe.

X.

Conocí a Michelangelo Bovero en 1994. Aquel año acudió al Instituto Federal Electoral (hoy Nacional) a dictar dos conferencias, que me impresionaron mucho. Una reflexionaba sobre los adjetivos de la democracia —que

fue crucial para mi tesis de licenciatura—; la segunda advertía los peligros que supondría para el proyecto democrático el fenómeno político italiano que amalgamaba corrupción con manipulación mediática y liderazgos unipersonales. No puedo callarlo, Michelangelo anticipó lo que un cuarto de siglo después estamos viviendo. Lo vio, lo denunció y, hasta el día de hoy, lo combate.

En ese entonces, Lorenzo Córdova estudiaba su doctorado con él en Turín, y yo aspiraba a hacerlo —como finalmente sucedió en 1999— de la misma manera. Guadalupe Salmorán y Pamela Rodríguez Padilla, en ese entonces eran unas niñas a las que Lorenzo y yo conoceríamos varios años después en su primer semestre de licenciatura. Paulina Barrera era técnicamente un bebé.

En el momento en el que escribo estas líneas, Córdova es el presidente del Instituto Nacional Electoral, que organizó —precisamente en 2018— la elección más compleja, grande y exitosa en la historia del México moderno. En lo personal, dirijo el Instituto de Investigaciones Jurídicas, que es una institución comprometida con la democracia, el Estado de derecho, los derechos humanos y el combate a la corrupción y a la impunidad. Guadalupe Salmorán, además de organizar el seminario de homenaje a Bovero y coordinar este libro, es investigadora de ese Instituto, lo mismo que Pamela Rodríguez Padilla, que, además, dirige la publicación más emblemática de esta institución académica. Paulina Barrera, estudiante de la UNAM bajo la tutoría nuestra, hoy es la más joven estudiante de Bovero.

Todos estudiamos en la Escuela de Turín. No sé usted, pero yo vislumbró una huella en todo esto.

Bien valga este decálogo laico para agradecerlo.

Ciudad de México, noviembre de 2018